

José Miguel Carrillo de Albornoz
Vizconde de Torre Hidalgo

Isabel de Moctezuma

Memorias de la última emperatriz azteca

La Decidora de la Verdad

La noche estaba inmersa en un silencio solemne. El Valle de Anáhuac dormía. Pueblos y ciudades se extendían hasta perderse en la lontananza profunda. Allí a lo lejos, en el centro del mismo, de norte a sur, se divisaba el gran lago donde los mexica habían prosperado y ejercido el supremo dominio durante katunes.* Erigidas desde antaño sobre islas e islotes comunicados, Tenochtitlán y su ciudad gemela Tlatelolco, capitales del imperio azteca, brillaban rodeadas de agua. En el margen oeste, Tlacopan,** la fiel aliada de los mexica; cerca de la orilla este, Texcoco, la floreciente capital cultural del caído imperio. Al norte se erigía Culhuacán, la antigua ciudad tolteca; al sur, Xochimilco, la florida. Las ciudades parecían hermosos dibujos geométricos desde la altura de la

* Un katún equivale a un periodo de tiempo de cincuenta y dos años.

** Los españoles la llamaron Tacuba y a lo largo de la novela se usarán los dos nombres indistintamente.

sagrada Iztaccíhuatl, la mujer dormida, contrapartida femenina del colosal Popocatepetl, bajo la misteriosa y plateada luz de la luna llena.

Ella estaba allí, como había sido destinado, desde hace incontables millones de años. Había servido con diligencia al consejo. Ese 11 de julio de 1550, Coatitzal debía mirar desde la elevada atalaya del volcán. Las estrellas estaban en la exacta posición que le anunciara la visión de su fin. Sí, ella era la última de la sagrada casta de las Decidoras de la Verdad. Pertenecía a una familia cuyo don era único y heredado, de generación en generación, desde el tiempo lejano en que Huitzilopochtli eligió al pueblo mexica para un alto destino en la original y primigenia Aztlán. Era la última y más sabia de toda una estirpe de sabios. Heredera del más antiguo linaje de la tradición Tezcatlipoca, guardianes del conocimiento que servían a la humanidad con sus misteriosos poderes, cuyo origen se perdía en edades anteriores del hombre. Nadie quedaba tras ella, ningún niño había alegrado su vida ni recibido su saber, para luego continuarlo. Ella, cuyos poderes de clarividencia fueron superiores desde su pubertad, ya entonces sabía que ninguna criatura saldría de su vientre estéril.

En los tiempos por venir su don no tendría sentido. Desde ese lejano momento del pasado, supo que era la última de la saga; desde ese mismo instante comprendió que el floreciente imperio mexica, que brillaba en su esplendor, decaería ante sus ojos, hasta extinguirse. El

saber, al principio, la aterraba. Intentaba huir, negándose a recibir los oscuros mensajes de los dioses que llegaban a su mente. Pero fue en vano. Poco a poco empezó a dejarse llevar por las visiones. Lentamente, guiada por sabios maestros y altos iniciados, en el transcurso de su larguísima vida, aprendió a ponderar el alcance relativo de las cosas. Ella sabía que, a veces, una visión podía llevar a un cambio absoluto de todo. Así, progresivamente, su espíritu creció y se hizo poderoso. Con el fluir del conocimiento esencial, su miedo murió, y su conciencia se expandió.

Su don, a diferencia de otros, no era buscado, sino concedido. Con los años fue incrementándose en exactitud y potencia. Ella no era como los *mecatlapouhqui*; los que leen el futuro en las cuerdas. El futuro se mostraba en su mente, sin tapujos ni remilgos, sin velos, desnudo. Ella era la encarnación de la verdad transcendente. Ante su mente poderosa, las frivolidades y los disfraces eran vanos. Ella sabía por mandato cósmico; los demás mortales debían escuchar lo que el destino les deparaba de sus justos labios.

Coatitzal despreciaba a los *nenotzaleque*, los que se creían en posesión de la magia y vendían al mejor postor sus embrujos engañosos. Ella era la pura esencia de la misma. Tenía el poder de alterar las realidades visibles a su antojo. Un solo gesto suyo podía encender una hoguera o apagarla. Podía caminar sobre las aguas, levitar por encima del suelo, transformarse en animal, en árbol, en

piedra... Sus poderes eran tales que su fama perviviría por los siglos en las leyendas mexicas.

Antaño la llamaban Cihuatecayotl, el viento de occidente, porque sus ojos siempre miraban más allá, por encima de las montañas y su voluntad era tan férrea e indomable, que nadie fue capaz de impedirle hacer cualquier cosa que ella verdaderamente deseara.

Ella era un ser que vivía en armonía con el universo. Había aprendido a no desear nada material en la vida, pues conocía las limitaciones de la misma, su futilidad, el vacío que la acumulación de cosas carentes de espíritu produce en el ser humano. Este, para ella, la mayor parte de las veces, no era sino un *amoyotl*, un mosquito de agua insignificante y débil, al que mece el viento a su merced.

Hoy era centenaria. Su saber la llevaba a la verdad más profunda, esa que solo contados seres humanos han podido contemplar. Llegaba a la última atalaya, puntual como siempre y serena, imbuida de una profunda paz que solo llega a los seres más altos cuando el tortuoso camino de la vida se acerca a su culminación, y lo hizo lentamente. Su alta silueta caminaba, casi sin rozar el suelo, por la empinada pendiente. Sentía que la pesada carga que habían llevado sus hombros se quedaba allí abajo, en la tierra de los hombres. Por fin era libre y sentía que se iba a elevar a un plano superior. Sus ataduras mortales estaban a punto de soltarse. Así debía ser. Ella había servido con justicia y con sabiduría la consig-

na de Anáhuac. Desde el lejano día en que el consejo diese la orden que regiría para los próximos katunes, ella había cumplido el mandato.

El sagrado calendario lo había anunciado. Escrito estaba en los astros. La noche cósmica caía con fuerza sobre el antiguo imperio. Las reuniones de los altos consejos de las cuatro culturas madres, mayas, olmecas, mexicas y zapotecas, lo habían ratificado por separado.

Se iniciaba la cuenta de los katunes malditos. Durante cuatrocientos sesenta y ocho años la luz de la conciencia no volvería a florecer abiertamente en la sagrada tierra de Anáhuac. Cuauhtémoc había hecho la proclama: deberían apagarse todos los fuegos, todos los símbolos del antiguo saber. Debían ser ocultados y preservados a cualquier precio, hasta que de nuevo la luz volviese al valle.

Esa había sido su misión durante los últimos años. Adelantarse a las fuerzas invasoras en los lugares más apartados y ayudar a esconder todo vestigio del conocimiento sagrado que había que preservar para el futuro.

Pero incluso con eso había ya cumplido. La poseían una alegría y una tristeza serenas mientras llegaba a la cima. Su túnica blanca refulgía con un brillo que emanaba de su mismo ser. Su cabellera nívea enmarcaba la cara venerable, surcada de centenarias arrugas. Su delgadez le hacía parecer un ser casi etéreo. Su mirada penetraba los cielos, encontrándolos preparados para recibir su

espíritu, que ya no debía permanecer en la tierra por más tiempo.

Levantó sus manos poderosísimas en un gesto de suprema entrega. Sus ojos clarividentes enfocaron de repente el valle. Allí, a lo lejos, moraba el único espíritu grande que restaba con vida de los antiguos, encarnando las luces del esplendor mexicana, que se había desvanecido: la emperatriz Isabel de Moctezuma, Tecuixpo Ixtlaxóchitl, «la noble doncella, flor de rostro blanco». Era la última estrella de sublime brillo en el ocaso de una raza. Solo ella restaba, flamígera y pura, en el nacimiento de otra cultura, con la fuerza sagrada de los antiguos soberanos del valle. Ella lo sabía. Esa fue la profecía que ella misma le había hecho antaño.

«Nuestro tiempo está llegando a su fin —pensó Coatitzal—. Yo debo dejar este mundo sin nadie que continúe mi estirpe. Sin nadie que me recuerde, salvo con temor, en los días de oscuridad que vienen. Lo acato plenamente. Ella, Isabel, es la única que aceptó e incluso buscó recibir mi mensaje. La única que comprendió, sin protestar, que lo que ha de ser, ha de ser y no se puede evitar.

»Yo, que para el resto de los mortales ya no soy más que una vaga sombra, quiero, sin embargo, acercar mi espíritu a mi emperatriz en este día, el de su cuadragésimo aniversario y el de mi tránsito.

»A ti, querida señora, dirijo mis últimos pensamiento de mortal. A ti, Isabel, de alto espíritu y grande

corazón. Te bendigo y te espero, donde pronto nos encontraremos, en el siguiente plano».

Sintió que una gran luz la envolvía y se dejó ir.



En su regio lecho, en la lejana ciudad de México, Isabel de Moctezuma se despertó llorando. Le había llegado claramente el postrero adiós de Coatitzal. Sus lágrimas eran el homenaje a la sabiduría que abandonaba el valle de Anáhuac, empobreciéndolo. Ellas era dos luminarias de otros tiempos; dos faros poderosos en la oscuridad que crecía. El uno se había apagado ya. Pronto le seguiría el otro.

Las flores de la memoria

Palacio de Axayácatl

Ciudad de México, 11 de julio de 1550

—¡**Q**ué pronto te has levantado hoy, Xuchil! Me sorprende que no se te hayan pegado las sábanas como de costumbre. —Xochiquétzal sonrío.

—No te burles de mí, hermana —responde Xuchil—. Estoy terriblemente preocupada. Llevo días dándole vueltas a la cabeza a los extraños presagios que se han visto en el cielo. Seguro que no nos traen nada bueno, Xochiquétzal. Además, me han contado que ayer vieron pasar sombras tenebrosas por la laguna lanzando quejidos lastimeros y que han visto a la Decidora de la Verdad, la temible y respetadísima Coatitzal, emprendiendo el camino de la cima del Iztaccíhuatl. Sé que era su último viaje. Esto me hizo acudir al *mecatlapouhque*; pero el adivino no supo interpretar el mensaje de sus cuerdas. Solo repetía y repetía que aquello no era posible,

y luego me despachó, con cajas destempladas, como si yo no fuese de buen agüero.

—No te atormentes, Xuchil, déjalo estar.

—Ya, tú siempre me dices lo mismo, pero luego bien que escuchas. En cualquier caso, debes reconocer conmigo, querida hermana, lo funesto y aterrador que resulta contemplar como el *cempoalxóchitl*, la amarilla flor de los muertos, ha empezado a florecer exuberantemente, fuera de temporada y debajo justo del balcón de la habitación de la emperatriz. Y por si esto no bastara a tu escéptica mente. ¿Qué me dices al respecto de sus quetzales?* Apenas quieren probar alimento y sus plumas están perdiendo todo su brillo.

—Calla, Xuchil; basta ya de histerismos. Sabes que a la señora no le gustan nada. Somos mexicas y siempre hemos respetado los mensajes de los astros, sean buenos o adversos, sin hacer aspavientos.

—Sí, ya lo sé, hermana, pero es que si a esto sumamos el que Isapeltzin está pálida y decaída; que la fuerza y energía que siempre tuvo casi ha desaparecido, entonces comienzo a alarmarme. Además, Xochiquétzal, tú sabes que no son imaginaciones mías. Cada vez confía más en ti el peso de la casa. Vive como en otro mundo y, sin embargo, no parece que esté aquejada de ningún mal

* El quetzal es un pájaro de plumas tornasoladas, cuya cola es muy larga. Desde tiempos muy antiguos se le considera un ave sagrada.

concreto. Muchas veces rezo por ella, como los padres franciscanos nos enseñaron, pero como no veo que esto solucione su mal, es lógico que acuda a la vieja sabiduría de nuestro pueblo. Porque, desde luego, todos los signos apuntan a graves y tristes acontecimientos.

—No te dejes abatir, Xuchil. Lucha, como yo, con la angustia.

—Eso intento, Xochiquétzal. Pero se me hace muy cuesta arriba. Llevamos con ella ya cuarenta años; de hecho, hoy se cumplen, desde aquel lejano 11 de julio de 1510, en que Tecuixpo nació. Todo eran festejos en la casa del emperador Moctezuma II. Nuestra madre, que era dama de la emperatriz Teizalco, nos ofreció como nodrizas de la niña. Cuán orgullosamente acunábamos a nuestra pequeña Copo de Algodón. Aún recuerdo cómo estábamos de abrumadas ante el honor y la responsabilidad que recaían sobre nosotras, como ayas de la primogénita del emperador. ¡Qué hermosa era! Su cutis resplandecía de salud y sus ojitos eran alegres y juguetones. Siempre estaba sonriendo. No puedo creer que hayan pasado tantos años; ¡si parece que fue ayer! ¡Ay, hermana mía, nos hemos hecho viejas y temerosas!

» ¡Qué lejos quedan ya los días cálidos y dorados de nuestra juventud! Parece mentira, al mirar hacia atrás, que hayamos podido sobrevivir a tanto desorden y a tanta guerra. ¡Cualquiera hubiera podido creer lo que iba a acontecer! Pero también entonces hablaron los presagios. Aún recuerdo, aterrada, la estrella de flamígera cola, que

brilló ominosamente en el cielo durante muchos días; las mareas terribles de la laguna; el extraño pájaro con el espejo en la cabeza que pescó un ribereño del lago y aquellos aterradores gritos que profería una voz sin cuerpo y que no nos dejaban dormir.

—Eso fue después, Xuchil. Hermana mía, desde luego te empieza a flaquear la memoria.

—Sí, Xochiquétzal, tienes razón. Eso fue cuando la llegada de los españoles. Fue en ese momento cuando pasaron todas esas horribles cosas. Ello llevó al terrible señor al borde de la locura. Él, que con un gesto podía haberlos aplastado, tuvo que entregarles todo. A veces, el destino se ensaña cruelmente con los mortales más poderosos. Estaba escrito en el libro divino que así había de acontecer lo que aconteció, porque solo de este modo pueden explicarse la extremada precisión con que las circunstancias se concatenaron para favorecer la causa del invasor. Una tras otra, la fortuna ponía en sus manos las llaves del riquísimo imperio mexicana. Ellos las asieron con fuerza, para no volver a soltarlas nunca más. ¡Cuánto miedo pasamos en aquellos tiempos! ¡Cuántas humillaciones!

—Así fue, Xuchil, pero al menos la llegada de los teules supuso el fin de la neblina de sangre que envolvía y ahogaba Tenochtitlán. La antigua luz de nuestra sagrada cultura había palidecido. Todavía sueño por las noches con los terribles sacrificios humanos. Decían nuestros abuelos que el gran Tlacaélel, el portador del emblema

sagrado de Quetzalcóatl, en uno de sus viajes como supremo guardián del conocimiento se encontró, por obra del poder, en las ruinas de una antigua ciudad maya con unas antiquísimas inscripciones que, una vez descifradas, lo aterraron. Él, que pretendía la restauración de un único poder en el antiguo Me-xih-co, vio con sorpresa y amargura, que el antiquísimo mural contenía toda la historia de la tierra. Allí se hablaba de antiguas civilizaciones de las que apenas quedan vestigios y de otras cuyos ecos todavía eran fuertes. En los oscuros glifos leyó el ascenso de los olmecas y su caída, el desarrollo de las civilizaciones tolteca y maya, su esplendor y su decadencia y el apogeo de la civilización mexicana que debería de ser frenado violentamente por la llegada de seres que no pertenecían a ninguna de las antiguas culturas de la tierra. Era evidente y chocante que estos hombres habrían de venir de tierras desconocidas hasta entonces y que su poder eclipsaría el de los mexicanos.

»Mucho caviló Tlacaélel cuando esto descubrió. Consultó los astros, habló con el antiguo guardián del conocimiento maya, el sumo sacerdote de Kukulcán y con muchos otros. El resultado de sus consultas le llevó a la conclusión de que los sacrificios humanos masivos que él mismo había decidido que se llevasen a cabo debían de cesar. Su nuevo conocimiento le había puesto, al final de su larga vida, en una posición distinta y opuesta a la que orientó su ascenso. La sangre debía dejar de alimentar conscientemente al sol. Había que

preservar el conocimiento para que cuando la oscuridad pasase, una nueva cultura pudiera volver a florecer en el valle. Así lo comunicó al consejo y parece que si hubiera vivido lo suficiente muchas cosas habrían cambiado con seguridad.

—Pero no fue así. No era ese el destino —señaló Xuchil.

—En efecto. A su muerte, los sacrificios se aceleraron. Las guerras de conquista mexicas llevaban largas filas de prisioneros a la sagrada Tenochtitlán. El sacrificio de tantas víctimas no podía sino hacer odiosa nuestra existencia. Durante siglos alimentamos al quinto sol de un modo que empalideció el esplendor que nuestra civilización pudo haber alcanzado. Nuestra religión se fue transformando progresivamente en una orgía de sangre, gritos de terror y lágrimas, que no podía llevarnos más que a la ignominia y a la destrucción. Nuestro dominio sobre el valle al final estaba basado en la fuerza y en el miedo. La luz del conocimiento se guardaba en ocultos lugares. Los tlatoques que se habían opuesto a nuestro imperio habían sido masacrados y sus familias habían sido exterminadas o exiladas. Los pueblos, así dominados por nosotros, nos detestaban. En ellos, y solo gracias a ellos, pudo Cortés sustentarse tras los eventos de la Noche Triste y volver luego para vencernos. No fueron los españoles, sino los tlaxcaltecas y otomíes, los texcocanos rebeldes y tantos otros, que deseando verse libres de «guerras floridas» —esas batallas rituales pactadas

entre nuestro pueblo y los tlaxcaltecas para surtirse mutuamente de prisioneros que se sacrificaban a los dioses—, y de forzados tributos en jóvenes para los sacrificios humanos de Tenochtitlán, propiciaron nuestra caída.

—Fue un mandato cósmico de terrible alcance el que llevó a nuestro pueblo a la oscuridad —observó Xuchil, pero su hermana no pareció escucharla y prosiguió relatando sus aterradores recuerdos.

—La espiral de violencia había ido demasiado lejos. Los depósitos de cráneos de Tenochtitlán estaban llenos a rebosar, pero la sed de los dioses era implacable. Los españoles fueron un extraño instrumento del destino encargado de acabar con nosotros. La noche cósmica anunciada por los consejos sobrevino. La conquista fue a sangre y fuego. La hermosa Tenochtitlán fue destrozada y su belleza borrada de la faz de la tierra. Los diques, obra suprema de ingeniería, fueron inutilizados; los canales fueron rellenados; los templos, arrasados. Nuestro orgullo fue pisoteado y nuestra carne fue flagelada, insultada y denostada. ¡Cuántos recuerdos tristes guardo de entonces! ¡Qué terrible fue el vacío que sentí cuando murió el terrible señor Moctezuma, apedreado, de una manera tan ignominiosa, por su propio pueblo! Con él moría nuestro poder. Nunca después, ningún tlatoani mexica volvería a tener el supremo dominio sobre el imperio. Su muerte fue la del mismo; el ocaso del poder azteca y el nacimiento de otro foráneo.

—Sí, Xochiquétzal, los recuerdos a veces vuelven con fuerza, especialmente cuando la muerte ronda nuestra casa.

—Calla, Xuchil. No mentes a la sedienta segadora de vidas, que pudiera venir para labrar nuestra desdicha. No adelantemos acontecimientos que como dice el proverbio «siempre está uno a tiempo para lamentarse».

—¡Cuánta razón tienes, Xochiquétzal, mi juiciosa hermana! Llevas toda una vida teniendo casi siempre la razón. Pero es tan preocupante el que no haya habido un solo augurio feliz en este día, que debía ser de gran fiesta en esta antigua y honrada casa. Solo extraños y negros presagios nos ha regalado. Y nuestra pobre señora no tenía en estos últimos días un talante especialmente festivo. No parece producirle ilusión alguna cumplir cuarenta años. No nos ha ordenado ningún preparativo para celebrarlo y eso tampoco es de buen agüero.

—No te preocupes por eso al menos, Xuchil. Ya me he ocupado yo de todo, por si acaso la señora cambia de idea en el último momento. Incluso he encargado, según Dios me ha dado a entender, algo especialmente de su gusto: aquellas frutas, aromáticas y rarísimas, parecidas al dulce mango, que tanto le gustaba comer cuando era niña, y aquellos pequeños aguacates de Oaxaca que tanto alabó en la celebración del año pasado. Espero que esta pequeña sorpresa le despierte algo el apetito, porque hace días que come casi tan poco como sus queridos quetzales. Eso sí que es algo real y que me tiene seriamente preo-

cupada. No puede seguir así. Espero que, por lo menos hoy, se alimente adecuadamente. Esa es la razón por la que le falta energía. Está empezando a consumirse de inanición. Si esto sigue así, voy a tener que hablar con el señor don Juan Cano; vaya que si lo haré. Somos las hijas del príncipe Xicalcóatl, guerrero águila; y me enorgullecó de haber heredado su fuerza y su inteligencia. Si recibimos una esmerada educación fue para algo. No me conformaré con esperar pacientemente a que se produzca un milagro.



Las dos hermanas se comunicaban así sus mutuas preocupaciones. Sus voces llenaban el silencio que reinaba en el palacio de doña Isabel de Moctezuma, emperatriz de México, esposa de don Juan Cano de Saavedra.

Mientras, tapias afuera del viejo palacio de Axayácatl, renacía, como todos los días, el bullicio del México colonial. Con el clarear del alba, las canoas surcaban el lago para traer sus preciadas mercancías hasta el gran mercado de Tlatelolco, que se situaba allí desde tiempos inmemoriales. Era el lugar de ventas y trueques más importante del imperio y ahí seguía ubicado. Los frutos más ricos de toda la tierra se ofrecían en los coloridos puestos a los habitantes de la capital. Jícamas, aguacates, mangos, mameyes; plumas y plantas medicinales; así como los trabajos de orfebrería y platería más nobles, las

telas de mayor belleza y calidad y las joyas más exquisitas. La capital virreinal demostraba una renovada vitalidad en el terreno comercial.

El tiempo, que todo lo cura, había empezado ya su labor de cicatrización de las heridas de la guerra y la conquista de la ciudad. El antiguo perfil de la misma había cambiado notablemente. A los cuatro barrios originales Tlaquechihua, Atzacualco, Teopan-Xochimilco y Moyotlán, que tenían forma de ele, los primeros españoles añadieron un quinto que se situó en el centro de la ciudad y que abarcaba un cuadrado perfecto de trece cuerdas de lado. A este quinto se le dio el nombre de la Traza. Allí fue donde se establecieron los blancos. En el mismo centro de la Traza se levantaba, sobre las ruinas del antiguo *teocalli* mayor, un templo cristiano, dedicado a la Virgen de Guadalupe, patrona de Extremadura y de México. Su milagrosa aparición en 1531 a Juan Diego, un humilde campesino, fue puesta en duda por el obispo Zumárraga. No obstante, se produjo una nueva aparición. El suspicaz obispo pidió al campesino que la señora que se le aparecía diese una prueba de que era la Virgen. Así esperaba Zumárraga acabar con la posible superstición. Su sorpresa fue mayúscula cuando tras la tercera aparición, el indio volvió a su presencia con un gran ramo de rosas en sus manos. En 1531, en México, las rosas eran escasísimas y no estaban al alcance del pueblo. Esto sorprendió al obispo, pero su asombro se trocó en fervor cuando, tras depositar a sus pies las flores, vio

en el ayate del indio la hermosa imagen de la Virgen de Guadalupe que había aparecido allí de modo milagroso.

Esta era la prueba que él había pedido. Zumárraga, obedeciendo los deseos de la aparición, ordenó construir una basílica en el cerro de Tepeyac. Su culto fue creciendo y se extendió a Tenochtitlán. El antiguo culto a Coatlicue, la diosa de la tierra, había sido recogido por la Virgen.

La ciudad va cobrando nuevos perfiles. Muchos de sus canales han sido rellenados, los diques perforados no han sido reparados. Ello ocasiona a veces inundaciones cuando las lluvias arrecian. Ya no guarda el perfecto equilibrio que antaño tuviera con la naturaleza, pero está reviviendo. Su población vuelve a crecer, y bajo la guía de doña Isabel, cuyo nombre azteca había sido Tecuixpo Ixtlaxóchitl, que en español significa Copo de Algodón, Capullo Blanco, encuentra una vía segura, una isla de firmeza en un mar de cambios. Acuden a ella, su emperatriz, para que los defienda de los múltiples atropellos y usurpaciones que los desaprensivos recién llegados quieren cometer. Ella es la única depositaria viva del antiguo poder. Ella aceptó llevar sobre sus hombros la pesada carga de iluminar la desesperanza del pueblo en los primeros años de oscuridad, y lo hizo a conciencia.

Isabel reina en México, sin trono. Es la señora natural del lugar, reconocida por mexicas y españoles. La ratificación del emperador Carlos I sobre su señorío de Tacuba y sus otras propiedades la hacen, además, una de las

personas más ricas del valle. Hace ya muchos años que, cuando ella habla, todos escuchan respetuosamente. Con su dulce voz persuasiva, ha sido capaz de deshacer entuer-tos y rencillas que hubieran podido provocar nuevos baños de sangre. Bajo su regio manto se han cobijado los pobres y oprimidos. Y es que toda su vida la ha volca-do en la causa de la justicia y de su pueblo. Ella, la sagra-da depositaria de la tradición, supo ayudar a que se cum-pliese el mandato cósmico. Su lucha fue terrible, pero nunca se amilanó. El conocimiento había sido ocultado para que no pereciese durante los siglos de oscuridad.

Esa es la dama de la que hablan sus buenas ayas en palacio, ajenas al mundanal ruido.



—Venga, querida Xuchil, acaba de componerte, que el sol ya empieza a asomar por la ventana. Esperemos que sea un día alegre en esta casa. Vamos, desecha tus miedos y preparémosle unas hermosas flores a la niña Isabel.

—¡Qué buena idea has tenido, hermana! ¡Yo mis-ma las elegiré y las cortaré! ¡Unas flores de color rojo, que alegren su espíritu, podrían ser un buen agüero!

Xuchil sale al jardín y vuelve, al poco rato, con un ramillete de capullos fragantes en sus manos. Busca un pequeño florero de plata y las coloca con esmero.

—Están preciosas, Xu, seguro que le encantarán. ¡Qué aroma tan maravilloso dejan a su paso!

De repente se oye a lo lejos el sonar de una campanilla. Dos jóvenes sirvientas se acercan corriendo a las damas. Casi sin respiración, les anuncian que la emperatriz está despertando.

Las dos se miran. Es más temprano de lo habitual. Ambas hacen votos para que esto sea síntoma de un cambio benéfico.

Xuchil da certeras órdenes a las chicas para que preparen un copioso desayuno. Xochiquétzal asiente y, a su vez, manda que preparen los exquisitos frutos que ella ha comprado para la emperatriz.

Una vez encarrilada la situación, se apresuran, corredores adelante, hacia la habitación de la emperatriz. Cuando llegan ante sus puertas, se detienen respetuosamente y llaman con suavidad.

—Podéis pasar, ayas —pronuncia la voz sonora de Isabel—. Llevo un rato llamando, pero nadie parecía oírme. Resulta evidente que todos os habéis acostumbrado a que no me levante temprano —dice sonriente.

—Acepta nuestras más humildes disculpas, niña Isabel —dice Xuchil—. Aunque no lo parezca, hace ya tiempo que estamos despiertas, pero nos pusimos a hablar y el tiempo se nos pasó volando. Perdónanos por no haber estado atentas a tu llamada y recibe nuestras bendiciones y deseos de felicidad en el día de tu cuadragésimo cumpleaños.

Mientras esto decía, puso en su mesilla el delicado florero. Isabel, sonriendo, les dio efusivamente las gra-

cias. Doña María y doña Teresa, Xuchil y Xochiquétzal, se quedaron calladas, mirándola con una devoción tan evidente que la emperatriz se emocionó.

—Mis queridas viejitas —les dijo—, ya sabéis que no me puedo enfadar con vosotras. ¡Sabe Dios lo que estaríais tramando!

—Nada de particular, niña Tecuixpo —dice Xochiquétzal con gracia—. Ya sabes, al perro viejo todo se le vuelven pulgas.

—Teresa —le dice doña Isabel—, cuántas veces te habré dicho que no me llames así. Está visto que nunca podré haceros cambiar. —La mira con cariño—. Sois más fuertes que yo. Ya hace casi treinta años que intento enseñaros el español y en cuanto me descuido, volvéis a las andadas.

Este es ya un viejo juego entre ellas. La emperatriz gusta de que, en palacio, todos hablen en español. Es el lenguaje de los invasores, el del nuevo poder y ella se ha propuesto la tarea de que todos a su alrededor lo aprendan para evitar posibles indefensiones y abusos por parte de desaprensivos. No obstante, una y mil veces ha hecho como que no las oía mientras hablaban náhuatl. Incluso en ocasiones, inconscientemente, ella misma usaba la antigua y musical lengua de sus padres cuando se dirigía a ellas. Y, sin embargo, insistía en llamarlas por sus nombres españoles, Teresa y María. Era una pugna que tenían desde hacía más de veinte años, y que tenía visos de seguir, indefinidamente, adelante.

—Disculpa, niña Isabel —dice con escasa contrición Teresa Xochiquétzal—, pero es que, en un día tan señalado como este, una no sabe ya ni dónde tiene la cabeza. Debo estar volviéndome senil. Veamos —mete su mano debajo de su manto—, quizás esto te ayude a perdonarme. —Su mano vuelve a salir afuera, pero esta vez lleva una bellísima joya prendida en un terciopelo. Es una delicada flor del más puro jade, esculpida de una sola pieza por los antiguos artesanos imperiales, engarzada en un prendedor de oro con forma de quetzal.

—Acepta esta humilde nuestra de nuestro cariño de tantos años —dice doña Teresa—. María y yo te la ofrecemos con toda nuestra devoción. Es un recuerdo de otros tiempos, que esperamos te sea grato. El orfebre que nos lo vendió nos aseguró que había pertenecido al mismísimo emperador. ¡Menudo ladrón! Pero su factura nos pareció indudablemente antigua y su belleza nos decidió. ¡Es tan difícil encontrar algo verdaderamente digno de ti, en estos tiempos!

Mientras la oía hablar, doña Isabel recuerda. La visión de la hermosísima joya le hace retroceder en el tiempo, a los días en que su padre, el poderoso tlacatecutli Moctezuma II Xocoyotzin reinaba. No había mentido el vendedor. Ella recuerda nítidamente la delicada joya. Era una de las favoritas del soberano. Muchas veces se la había visto puesta, prendiendo su manto imperial. Muchas veces, hasta que desapareció, con tantas otras cosas, durante la terrible Noche Triste; la de su triste

muerte, seguida de la aterradora huida de los españoles, retirándose de la ciudad. En una de aquellas paradas, durante la batalla, se le había caído a ella, que la llevaba prendida en su manto, y no la había vuelto a ver. Doña Isabel procura arreglar la expresión de su cara, para que sus ayas no capten la profunda impresión que la inimitable joya le ha producido y disimulando, les dice:

—Muchas gracias, queridas mías, os habréis vuelto locas buscando algo con lo que agradarme y, como siempre, lo habéis conseguido. ¡Es un regalo maravilloso! Tenéis razón, ya no se ven fácilmente hoy en día piezas de tan exquisita talla. No sé cómo expresaros mi agradecimiento por esta muestra de vuestro amor y por vuestra dedicación de tantos y tantos años.

Las dos mujeres se emocionan. Han pasado muchos días buscando el regalo, con intención de provocar una pequeña alegría en el corazón cansado de su señora. El semblante de la princesa está envejecido, pero sigue teniendo una peculiar belleza y dignidad, aquella que impresionó al cronista, que dejara de ella una hermosa descripción al decir: «Es su rostro algo parecido al de las castellanas, e su piel con matiz de india; sus ojos grandes, de mirar apenado, e negros, su nariz aguileña, la boca chica. Dijérase tiene el corazón en los labios, pues tal es su forma y el amor que pone en todos sus dichos e palabras».

Pero solo su rostro es parecido al de las castellanas. Su espíritu sigue siendo náhuatl, cristalino y puro. Ella

ha seguido la antigua enseñanza. Con los años su conciencia ha crecido. Ahora comprende. Ve y sabe. El paso de los años y el cumplimiento de su misión le han dado la paz. Su corazón está lleno de un amor profundo por su último marido, Juan Cano de Saavedra. En este y en sus seis hijos, ha volcado Isabel sus desvelos durante los últimos años, pero se encuentra profundamente preocupada porque sabe que su vida no va a durar ya mucho tiempo y prevé problemas graves a su muerte, la cual, como mexicana, no le asusta. No obstante, le duele la ineludible ruptura de su familia. Sabe que el enfrentamiento de su hijo primogénito, Juan de Andrade, con su marido Juan Cano se producirá indefectiblemente y le angustia no ser capaz de evitarlo.

Desde que surgieron entre ellos las primeras desavenencias, lleva intentando sin éxito limar asperezas, pero sabe que sus esfuerzos no han conducido sino a retrasar la confrontación, que ella desearía a toda costa evitar. Ese saber lleva minándola muchos meses, y su salud, debilitada por tantos trabajos y vaivenes como ha tenido que sufrir en su corta vida, se está resintiendo mucho. Siente que le faltan progresivamente las fuerzas y en ese día 11 de julio de 1550 ha decidido, por fin, hacer testamento, para así facilitar, en lo posible, su sucesión.

Se encuentra lúcida y serena. Fortalecida por su fe y por su conciencia del trabajo bien hecho, lo cual la reconforta de tantos problemas que ella se ve incapaz de solucionar. También cuenta con el apoyo de sus hijas Isa-

bel y Catalina, quienes se dedican plenamente al cuidado de su madre, celosas, incluso de las ayas. Ellas no le preocupan en demasía, puesto que le han comunicado que tienen vocación de religiosas y que, probablemente, profesarán en el convento de la Concepción cuando ella falte.

De sus hijos varones, habidos en su matrimonio con Cano, Pedro, Gonzalo y Juan siente una especial predilección por el pequeño Juan, cuyo espíritu es la perfecta expresión del equilibrio entre lo español y lo azteca. Los augurios señalaron que en él continuaría el linaje. Ella cree que su sentido de la aventura le llevará a volver al suelo paterno, la ciudad de Cáceres, donde sueña elevar una casa que sea solar del linaje Cano-Moctezuma. Así debe ser. La sangre de la Casa de Moctezuma abandonará México durante los katunes malditos, para poder preservar su estirpe de la extinción. Y en lejano futuro, cuando el día llegue en que Mexihco renazca, la nueva luz volverá a reclamar su presencia en su sagrado lar.

Se siente vieja, muy vieja por dentro, y sabe que ya no va a vivir muchos meses más. Quiere decir tantas cosas a tantas personas queridas... Xuchil y Xochiquétzal, María y Teresa. Dos auténticas mexicas de noble sangre que la han criado y han vivido con ella tantos buenos y amargos momentos... que han preferido velar por su emperatriz que contraer ventajosos matrimonios y de las que nadie podría hacerle prescindir. Tampoco podría sobrellevar su progresivo decaimiento sin el consuelo de su confesor y amigo fray Juan de Zárate, prior

de los agustinos; sin el apoyo del entrañable Juan Almirano, el primo de Cortés, que la ayudó en aquel amargo momento, ya lejano, en que fue engañada por el conquistador, y que juró encargarse del fruto gravoso y vergonzante que nació, en contra de los deseos de la princesa y que, en otras circunstancias, hubiese podido ser su mayor alegría. Aquella bastarda, hija de su amor engañado, a la que ella ha querido a toda costa olvidar y a la que nunca quiso ver.

No desea recordar cosas sombrías. No es momento para amarguras antiguas. Sonríe de nuevo y despide a las dos ancianas, encomendándoles la primera tarea que viene a su mente. Quiere estar sola. Meditar, acompañada de sus recuerdos, quizás escribir. Sí, ya ha llegado el momento de hacerlo, se dice a sí misma.

«Ahora, mientras conservo la mente clara —se dice—, en el mismo día en que nací, en mi casa, la que antaño fuera del tlatoani Axayácatl, mi abuelo; donde nacieron tres emperadores, mis tíos Tízoc y Ahuizotl y mi padre Moctezuma II Xocoyotzin. Me inspirará su recuerdo. Este palacio, que antes de la conquista tenía cien puertas e innumerables habitaciones y patios; donde estuvo situado el más hermoso y valioso jardín que mortal alguno hubiera jamás soñado poseer, será el lugar donde yo escribiré para que mis descendientes no olviden el pasado».

¡Qué hermoso era aquel jardín de Axayácatl! Estaba en un patio secreto, donde se habían reproducido en oro, jade, turquesas y joyas, las plantas y flores más

bellas del valle de Anáhuac. Un jardín mítico, parte de un tesoro también fabuloso para los españoles, cuya riqueza vislumbraron momentos antes de tener que huir, en la llamada Noche Triste, de la ciudad de Tenochtitlán, y que nunca volvió a ser encontrado por ellos, por mucho que lo buscaron.

Esta casa, antaño eje del imperio y hoy muy reducida, seguía siendo una de las más bellas de la ciudad de México. Sus fuentes y baños alegraban la vista y el espíritu de la princesa, que amaba el sonido del agua. Si había algo que nunca había podido comprender era la suciedad de los españoles. Su respeto e incluso su repulsa a lavarse. Ella había inculcado en sus hijos las costumbres aztecas en cuanto a la limpieza corporal, e incluso había conseguido que su esposo frecuentase el baño con una asiduidad que extrañaba a los españoles de la ciudad y que suscitaba murmuraciones. Se hace esta y otras reflexiones mientras se baña. El agua le relaja los músculos y clarifica sus ideas. Sabe que ha llegado el momento de plasmar el pasado en pergamino. Es su deber. No deben perecer con ella sus recuerdos. Ha de hacerlo y lo hará. Es una hermosa tarea la que se ha impuesto. El pasado debe quedar reflejado para la memoria de sus descendientes, para la memoria colectiva del mundo, antes de que el recuerdo de la sabiduría de su pueblo orgulloso se borre y solo quede el doloroso y fecundo mestizaje que olvidará durante la noche cósmica las tradiciones que, durante siglos, rigieron el valle de Anáhuac.

Un halo mágico la envuelve. Enciende un sahuma-
dor y deposita encima de los carbones unos trozos de
copal, la resina sagrada de los mexicas. El humo aromá-
tico la envuelve. Lo levanta saludando a los cuatro rum-
bos del universo y lo deposita encima de una mesa. Pro-
nuncia una antigua invocación de luz y su ser se expande
con su conciencia.

Se viste con las galas antiguas de emperatriz de los
mexicas, rango que lleva con orgullo, rescatadas de su
ajuar de boda por las fieles Xu y Xochi; el huipil del más
fino algodón blanco bordado en oro y el manto verde de
finísimo trabajo de plumas de quetzal. Se mira en el gran
espejo de plata bruñida de su vestidor y se asombra al
enfrentarse a una imagen que le trae recuerdos de la
niñez. El tiempo ha posado sus alas pesadas sobre ella y
en su rostro maduro cree reconocer el amado y sereno
de su madre, la emperatriz Teizalco. Se siente una prin-
cesa imperial. Recuerda los antiguos ritos de la corte. Es
esta quizás la última vez en que doña Isabel de Mocte-
zuma vuelve a ser Tecuixpo Ixtlaxóchitl, la última empe-
ratriz del valle de Anáhuac, la que fuera mujer de los dos
últimos huehuetlatoanis, Cuitláhuac y Cuauhtémoc. Ha
de enfrentar una última tarea sagrada y lo hace siguien-
do meditadamente un antiguo ritual.

Abandona el vestidor y se acerca a su gabinete. Hace
unos días que pidió pergamino para escribir y le han traí-
do una cantidad que bastaría para llevar las cuentas e
informes de la administración de Tacuba durante medio

año. No necesita nada más para empezar su trabajo. Se sienta en un sillón que recuerda vagamente un trono antiguo frente a los ventanales abiertos, que introducen el aroma de las flores del jardín de los colibríes. Coge la pluma, acaricia la suavidad y firmeza de la misma y, mojándola en el tintero, comienza lentamente a garabatear las primeras letras que desgranar el pasado. Ha de hacer memoria. No debe olvidar nada. Solo de este modo, el ciclo de su vida habrá sido completo. Esta es, fundamentalmente, la razón por la cual Coatitzal la avisó con tiempo de su fin, cinco años ha.

Así, empujado por una profunda llamarada de luz, su espíritu comienza a abrirse a la evocación y escribe. Cierra sus ojos unos instantes. Sabe que ha de llamar a la fuerza del equilibrio en su interior. Se entrega a la creciente sensación de poder que la embarga. Se siente conectada a la tierra y al cielo de un modo muy íntimo. Llama a sus espíritus guardianes, una sucesión de clarísimas imágenes le llega con la fuerza de las grandes visiones.

Los espíritus de los tlatoques de Anáhuac se le hacen presentes. Le hablan palabras floridas. Le animan en la sagrada tarea que se ha propuesto.

Poco a poco vuelve al plano terreno. El humo del copal la envuelve. Embargada por el mágico aroma comienza a escribir.



Mi querido Juan:

Tú, que fuiste el último en ver la luz de mis hijos, aún eres demasiado joven para apreciar los cambios que ha sufrido el mundo en que yo nací. Sois hijos del mestizaje real de dos pueblos cuyo encuentro fue un choque de proporciones cósmicas. Hoy escribo para ti este relato, para que no olvides tu sangre azteca. Nunca te avergüences, ni pidas perdón por existir: porque eres el primero de un pueblo nuevo que nace de un doloroso choque de dos mundos y ya no será ni el uno ni el otro. Tú y tus hermanos sois el fruto del amor y sois el futuro. Yo, en cambio, soy la memoria viva del pueblo azteca. Un pueblo de contrastes notables, que celebraba con intimista alegría los nacimientos de los niños y arrancaba corazones humanos para los sacrificios; una cultura de luces y sombras, basada en la fuerza e independencia de nuestra raza; ascética y dura, pero sensible y espiritual.

Yo nací cuando reinaba Huitzilopochtli sobre los cielos de Anáhuac y Moctezuma II Xocoyotzin sobre un rico y populoso imperio. Viví como princesa legítima del imperio. Gocé de los últimos años del antiguo orden. El mundo giraba a nuestro alrededor. Nada ni nadie osaba resistirse a la voluntad del terrible señor, mi padre. Sus deseos eran órdenes para todos y sus leyes regían en muy diversos territorios que estaban sometidos a los mexica. Entonces llegó Cortés y todo cambió. Su presencia había sido anunciada por los astros. El

mundo que tú conoces es fruto de ese encuentro difícil; del cataclismo que la colisión de los pueblos mexica y español produjo. Todo se alteró. El destino deparaba un nuevo y extraño rumbo al pueblo dominador de antaño. Los dioses sanguinarios callaron, pero también lo hicieron los poetas y los trovadores. Una era de sangrientos cambios caía sobre Tenochtitlán. Yo la sobreviví, pues así lo dispuso mi destino. Casi podría decir que me sobreviví a mí misma. Yo era Tecuixpo Ixtlaxóchitl. A la muerte de tu abuelo fui elevada al rango de emperatriz. Odié a los españoles y luego los amé. Desprecié a su Dios y luego creí en él. Un terremoto de cambios derrumbó mi interior, pero supe construir algo hermoso sobre esas ruinas. Entonces nació Isabel de Moctezuma y, con ella, una nueva esperanza para muchos que se habían perdido a sí mismos en las tinieblas de lo desconocido.

Sabios maestros guiaron mi camino y las más secretas enseñanzas me fueron dadas para cumplir con la enorme tarea que el poder me encomendó. Yo debía ser la última depositaria del saber sagrado y la que llevase hasta su culminación la consigna de Anáhuac, que pronunciara mi esposo el emperador Cuauhtémoc en Tlaxtecolco.

Aquí quedarán escritas las palabras que cambiaron el mundo que yo conocí para que las comuniqués a tus descendientes. Medítalas, porque te ayudarán a comprender muchas cosas.